

Significación y trascendencia del 28 de Enero de 1939

«Antes de rendir la ciudad a los «facciosos», envenenaríamos las aguas y pegándole fuego la convertiríamos en una inmensa hoguera, a fin de que, cuando éstos entraran, sólo encontrasen un montón de cadáveres y ruinas».

Estas palabras acababa de decir en un mitin el cabecilla rojo de Granollers, el Espinal, pocos días antes de la fecha memorable de su liberación.

26 de enero, cuchicheo de boca en boca y de oído en oído, una sola frase: Barcelona ha sido liberada. Alegría inmensa del pueblo por esta victoria de España y ráfagas de angustia y ansiedad al recordar las palabras, siempre cumplidas cuando de delincuencia se trataba, del Espinal.

Las palabras se cumplen: saqueos y desmanes, manzanas enteras que ya son pasto de las llamas; las fábricas, riqueza de la patria y sustento del trabajador, están ardiendo; el Hospital-Asilo, refugio de los humildes, va cayendo abatido bajo la tea incendiaria de los sin Dios y sin Patria; nuevos asesinatos y nueva sangre de mártir que se derrama. Estos últimos estremecimientos de la bestia van directamente a la destrucción total de nuestra bella y simpática ciudad...

Pero las tropas nacionales, inspiradas por Dios, forzaron su marcha y el día 28 de enero entraban en Granollers salvándolo de su arrase completo.

... ..

La entrada del Glorioso Ejército Nacional en nuestra querida ciudad, no sólo significa su salvación como conjunto de edificios y habitantes, ni tan siquiera su sola liberación de la tiranía y opresión bolchevique, sino que representa más, mucho más: significa la total regeneración, la total liberación de aquella vida granollerense que desde fines del pasado siglo se caracterizó por su ausencia de ideas totales y por un particularismo y localismo estéril; la negación de toda aquella infinidad de tiempo, que sin quererse dar cuenta de que éramos parte integrante de una patria a la que acechaban numerosos enemigos, la juventud se desinteresaba de los temas nacionales y elevados, calificándolos despectivamente de idealismos, y desperdiciando el tiempo en los sillones de los cafés, trataba y discutía de toda clase de temas de alcahuetería, o bien, de política local, que como toda la política local de la época liberaloide, consistía en un conjunto de difamaciones y burdas intrigas; significa el punto final a aquellos años en que ausente el sentido religioso y patriótico, los «intelectuales» de la localidad, gente fría y de pacotilla, se ensimismaban ante las cuatro bellezas artísticas que nuestra ciudad poseía: se miraba y contemplaba nuestra Iglesia solamente en cuanto al edificio contenía algún valor arquitectónico, jamás se le llegó a ocurrir a ninguno de estos ensimismados, que aque-

llos valores eran plasmación del alma auténticamente religiosa y ecuménica de sus antepasados, y que significaban para Granollers y para España un sentido tradicional y perenne de catolicidad. ¿Qué tiene, pues, de extraño que ante esta vacuidad la revolución roja no encontrara ninguna resistencia, ni en la careada dignidad ciudadana, ni en el amor a la ciudad, y pudiese impunemente destruir las joyas artísticas, convertidas en tópicos de mala literatura por ese Granollers decimonónico?

Frente a esa temperatura glacial había un grupo glorioso que encontraba hostilidad e incomprensión en todos los lugares y tertulias, desde el ambiente burgués del Casino hasta el plebeyo y de «ideas avanzadas» de la Unión Liberal: la Comunión Tradicionalista, que con un número ínfimo de afiliados mantenía los últimos jirones de la bandera tradicional y española que aun teníamos y que se iban de las manos de una juventud indolente, despreocupada e incapaz de agarrarlos con fuerza, a copia de sacrificios y peligros, como los tradicionalistas supimos hacer.

¡La carlistada!, ¡Los inadaptados!, gritaban los denominados católicos y regionalistas de la «derecha»; ¡los reaccionarios!, gritaban los frentepopulistas; ¡los caciques!, ¡los cipayos!..., en todas partes miradas y palabras de odio y de incomprensión para los 18 requetés que componían la parte activa de la Comunión.

El ideario y el pensamiento de esos requetés, rotos, maltrechos y derrotados en la opinión popular de la anteguerra, pero jamás sumisos, la mayoría caídos por Dios y por España, entró victoriosamente y llenó de gloria en Granollers, junto con el de la F. E., el día inolvidable del 28 de enero de 1939.

Sí, aquella Comunión Tradicionalista, aquella minoría idealista y auténticamente española de nuestra ciudad, fracasada, destruida y sangrante, entró victoriosamente en Granollers el día 28 de enero de 1939: entró con los bravos y gallardos requetés de la navarrería, entró con los esforzados y heroicos falangistas de la meseta castellana, entró con el Glorioso Ejército Nacional, pues aunque el uniforme no fuese idéntico, llevaban igual espíritu, que no era otro que el de restaurar aquellos principios eternos e inmutables, que sostuvieron por encima del peligro y del ridículo nuestros tradicionalistas, en aquella época que en nuestra ciudad, como en toda España, solamente se prestaba oído a los chismes y enredos de tercería de una política baja y rastrera y al ruido metálico.

28 de enero de 1939. ¡Fecha de victoria y salvación! ¡Fecha de júbilo desbordante en lágrimas! ¡Fecha de presencias reales y místicas! Los grandes caballeros del ideal de nuestra Comunión Tradicionalista de Granollers, caídos por Dios y por España, estaban firmes, ¡Presentes!, en una presencia que nos comunicaba una sagrada responsabilidad, y una congoja de remordimientos